

Curas y laicos: hacia una relación corresponsable

*Jesús García Herrero**

Este punto resulta problemático en la Iglesia actual: la escasez de clero, por una parte, y la madurez del laico en una sociedad democrática, por otra, hacen urgente llegar a un buen entendimiento de ese binomio; pero existen demasiadas tensiones y resistencias que dificultan un camino de avance.

Lo que voy a apuntar son reflexiones, preguntas, esfuerzos, desde la limitada experiencia de cura de parroquia en un barrio de Madrid.

Comienzo por aludir a una anécdota dolorosa. En una parroquia cercana, a mitad del curso pasado, hizo las maletas y se marchó precipitadamente el párroco, un hombre joven, afectado por cuatro años de fuertes tensiones con el grupo de veterano de la comunidad parroquial. Se trata de una parroquia popular que había sido animada durante años por sacerdotes «poco directivos» que habían permitido amplios márgenes de autogobierno a los grupos parroquiales. El nuevo párroco pretendía remarcar su papel directivo, acusaba a los grupos organizados de imponer sus criterios al resto de la parroquia, exigía una mayor identidad confesional y no entendía cómo, en caso de conflicto,

* Párroco de «La Cena del Señor». Madrid.

no se hacía lo que él pensaba, ya que era «el párroco». Después de muchas tentativas, no se logró superar el conflicto, y salió afectado el sacerdote. Es quizás un exponente de la problemática que quiero abordar en éstas páginas.

1. Situación ambigua

El cambio hacia las democracias en la sociedad actual ha resquebrajado las estructuras de gobierno de la Iglesia, que se encuentra tensionada entre una tradición de interpretación verticalista, que resta papel a la comunidad, y las nuevas tendencias democratizadoras.

Los sacerdotes, aprisionados entre los intentos de reafirmación de la jerarquía eclesiástica y las presiones de la base, acostumbrada a procedimientos democráticos, son los que soportan más directamente el conflicto.

Desde el Vaticano II, llevamos años insistiendo en la teoría que la Iglesia es comunión y comunidad, que todos los bautizados somos iguales en dignidad, que la Iglesia somos todos. Pero, en la mentalidad predominante, se sigue identificando Iglesia con jerarquía, se la confunde con la institucional u oficial; existe una sima entre esa Iglesia oficial y la vida cotidiana. ¿Por qué esa distancia y lejanía?

2. Algunas causas

2.1. *Raíz teológica*

En los documentos doctrinales, a partir del Vaticano II, tal como queda sintetizado en la Carta pastoral de los Obispos Vascos sobre el laicado (cuaresma-96) y en el Documento de la Conferencia Episcopal Alemana sobre el servicio pastoral de la parroquia (marzo-96), se afirma con oportunidad:

♦ La radical igualdad de todos los bautizados que forman el «pueblo de Dios» y «el cuerpo de Cristo»; Lo común a todo bautizado es lo primero y prioritario, en el contexto de una eclesiología de comunión.

♦ Su participación en el don de la salvación funda el sacerdocio común de todos los bautizados y su responsabilidad respecto de la misión de la Iglesia.

♦ El sacerdocio del pueblo cristiano no es meramente simbólico, sino que se lleva a cabo en la vida y en el ámbito sacramental, especialmente en la Eucaristía.

♦ Se afirma, a la vez, el sacerdocio específico del oficio eclesiástico que hace presente el servicio de Jesucristo como «Señor y cabeza de la Iglesia» y lo representa. Tiene confiado el servicio de la dirección de la comunidad, como representante de Jesucristo Pastor, y la presidencia de la Eucaristía.

♦ El sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio ministerial participan ambos, cada uno a su modo, en el sacerdocio de Jesucristo; y, sin embargo, se diferencian esencialmente entre sí.

Pienso que todas estas afirmaciones genéricas sobre igualdad radical y diferencia esencial resultan difíciles de justificar teológicamente, por muchos malabarismos que se hagan, y tampoco resultan sencillas de encajar en la práctica.

De esa dificultad surgen seguramente:

— los problemas de identidad para el presbítero actual;

— documentos recientes de la Curia romana, como la «Instrucción sobre algunas cuestiones acerca de la colaboración de los fieles laicos en el sagrado ministerio de los sacerdotes» (noviembre-97), que pretende corregir los graves abusos de asunción de tareas propias de los clérigos, basado en la paridad clérigos-laicos, relegando a los últimos a tareas de suplencia, con previa autorización del obispo o el párroco respectivos;

— las incoherencias jurídicas dentro del Derecho Canónico respecto al estatuto de los laicos;

— el bloqueo de las cuestiones doctrinales y pastorales acerca del sacerdocio ministerial reservado a los varones célibes;

— la insistencia en la urgencia de la «comunidad eclesial indispensable» entendida como «sumisión» a las orientaciones jerárquicas;

— el discurso, de hace unos meses, de uno de los vicarios de la diócesis de Madrid a un grupo de 25 sacerdotes, en el que disertaba fervorosamente, a base de grandes citas, sobre la función específica e indispensable de los laicos en la Iglesia actual, que sonaba a aquellos

clérigos a retórica banal, conscientes de que hoy, en la iglesia diocesana y universal, no se ceden responsabilidades importantes a los laicos ni se les escucha en temas que les afectan vitalmente.

2.2. *¿Abundan los clérigos desconfiados y mandones?*

a) En el ejercicio del ministerio presbiteral, tenemos especialmente olvidado uno de los preceptos evangélicos: «pero vosotros no os hagáis llamar maestro, ni padre, ni doctor... el más grande entre vosotros sea vuestro servidor» (Mt 23, 8-12). El gesto del lavatorio de los pies de los discípulos por Jesús (Jn 13, 1-15) es una acción simbólica fuerte que preconiza el nuevo estilo de relaciones en la comunidad de Jesús. De ahí la resistencia de Pedro a entrar en ese juego. Sentarse a la mesa del Señor es introducirse en la convivencia entre iguales. A la hora de la verdad, sobran entre los curas presidencias de la Eucaristía totalmente absorbentes; pretensiones de autosuficiencia para matizar, precisar, decir la última palabra; afanes de imponer el liderazgo o la paternidad omnisciente.

b) Con demasiada frecuencia, los curas tenemos una imagen negativa de los laicos: «apenas son creyentes, practican por mero cumplimiento o presión social, no se comprometen, no están formados en la fe...» Desde estas actitudes clericales, ¡qué difícil es generar la inclusión, la participación y la corresponsabilidad...!

c) La edad media del clero español, formado en tiempos autoritarios, la actual desilusión sobre las políticas democráticas y la fuerte reafirmación actual del papel de la jerarquía no juegan a favor de actitudes más innovadoras y participativas.

d) La incorporación de la mujer a tareas de dirección, a pesar de su masiva participación en la base eclesial, está resultando especialmente problemática, a causa del discurso paradójico de la Jerarquía, que exalta los valores femeninos para después confinarlas a márgenes muy reducidos. Es indispensable que en el campo católico las mujeres se sientan reconocidas en pie de igualdad con los varones, que se las deje hablar, se las consulte, puedan participar en estructuras de reflexión y de dirección.

2.3. *Dificultades por parte de los laicos*

Entre los laicos, como reacción al clericalismo, abundan las fantasías negativas y estereotipadas sobre la Iglesia institucional. No

quieren ser asimilados a esa Iglesia; de ahí que su comunión y participación sea muchas veces superficial y formal.

♦ El cristiano laico está hoy inmerso en una cultura de sobrecarga y estrés en el ámbito personal y familiar (trabajo, cursos de formación, atención a los hijos y su inserción en el ámbito escolar y de ocio), pero también de irresponsabilidad o no compromiso estable con respecto a las tareas colectivas.

¡Qué pocos se arriesgan a asumir papeles directivos en Asociaciones vecinales, APAS, etc.! Esta tendencia dominante tiene su repercusión también a la hora de asumir responsabilidades eclesiales.

♦ En los grupos de laicos responsables se introducen con frecuencia los laicos clericales; peleas por el liderazgo, afán de mando, identificación excluyente con la auténtica comunidad cristiana, imposición de la propia ideología o actitudes al resto de la comunidad.

♦ Curas y laicos conjuntamente corren el riesgo de encerrarse en el ámbito y la problemática eclesiales y se hacen pocos presentes en la vida de la gente, en la calle, entre los aparentemente alejados, para ser testigos de una fe servicial y humanizadora.

3. Caminos para avanzar

3.1. Son importantes unos primeros pasos que suponen un cambio de actitudes básicas: bajarse de púlpitos, presbiterios, tarimas; desnudarse de autosuficiencias, presupuestos claros, saberes exclusivos; abrirse a buscar, aprender, conjugar, persuadir, acompañar, cultivar el espíritu de libertad y responsabilidad al interior y al exterior de la Iglesia; hacer participar activamente a muchos en diversas tareas.

Un compañero sacerdote me confesaba hace poco: «Fui educado y me he movido en unas estructuras eclesiales autoritarias, y no sé manejar en una estructura democrática». Yo le respondía: «Todo se aprende, y ese aprendizaje supone buena voluntad, confianza mutua sin descalificaciones, ir dando los pequeños pasos posibles...»

3.2. El espíritu y la letra del Vaticano II ofrecen una gran oportunidad de participación para los laicos. Pero esos espacios no suelen otorgarse por decreto; han de ser conquistados por los laicos a

base de tesón, de preparación teológica y pastoral, de voluntad de asunción de responsabilidades, de creer en las múltiples posibilidades de participación (el creer crea, recrea los gestos concretos).

3.3. La penuria de sacerdotes, que se irá acentuando en los años inmediatos, junto a diversos problemas, va a brindar nuevas oportunidades para que los laicos asuman sus responsabilidades bautismales y acepten una colaboración en los diversos carisma y ministerios eclesiales. Se avanzará así en una configuración más sinodal de la Iglesia, constituida por la convergencia de personas distintas, ejerciendo múltiples funciones al servicio de la unidad de la misión.

3.4. Laicos en primera fila. En muchas parroquias y otros ámbitos eclesiales, los laicos van asumiendo primeros papeles, según sus vocaciones y necesidades, en:

- la acogida atención a los que llegan;
- la vida litúrgica, incluyendo las celebraciones de la palabra;
- la transmisión de la fe (catequesis);
- preparación presacramental (bautismo, matrimonio...);
- en la recuperación de la memoria de Dios en la cultura actual;
- en la planificación de escuelas de formación cristiana;
- en la pastoral específica de grupos de jóvenes y de mujeres;
- en los servicios caritativos y de promoción social;
- en la atención a los enfermos;
- en la atención al despacho parroquial;
- en la promoción vecinal, siendo sensibles a los problemas de su entorno para detectar las situaciones difíciles y suscitar solidaridades;
- en los Consejos pastorales u otros órganos de gobierno de la comunidad.

Se va sintiendo la necesidad de «liberar», mediante apoyo económico, a algunos para que puedan asumir responsabilidades más permanentes.

3.5. Muchas mujeres, en los diversos ámbitos eclesiales, avanzan en una reflexión teológico-bíblica menos patriarcal y más integral; superan las teorías y se marcan responsabilidades concretas; ejercitan una mirada de misericordia sobre la complejidad de las situaciones vitales; son una clave de esperanza, de ver más allá de las visiones pesimistas de los varones.

3.6. El manifiesto «Somos iglesia», que ha sido firmado ya por miles de cristianos a lo largo y ancho de Europa, constituye, sin duda, una positiva concreción de ese anhelo de promoción de una Iglesia más igualitaria y coparticipada en todos los niveles.

3.7. Como botón de muestra de los esfuerzos concretos que van cuajando en esta línea fraterna, apuntamos aquí el resumen de la respuesta de uno de los feligreses a quien se le planteó la cuestión: «¿Qué ha significado para ti tu parroquia en estos 25 años de andadura?»:

«Desde el principio, nuestra parroquia optó por el diálogo; escuchar y hablar; esto se viene practicando desde hace 25 años. Una parroquia en la que, apropiándonos del conocido eslogan turístico 'nadie es forastero'... Nuestras liturgias comunitarias acostumbran a ser verdaderos encuentros humanos, en los que se crea un ámbito habitado por lo divino... Pero la vida de la parroquia no se limita al culto; se procura una conexión extramuros con las realidades cotidianas del barrio y del mundo en el que vivimos. Así ocurre desde el principio, en aquellos tiempos lejanos de la transición política, cuando nuestros ideales no habían perdido la inocencia... Los sacerdotes parten de los acontecimientos cotidianos para transformarlos en evangelio, en buena noticia para nuestros días. Saben mostrarnos el rostro de Dios, transforman las parábolas en referencia luminosa; sus homilias son breves, densas, siembran inquietudes y dejan paz en los corazones... Los seglares integrados en los grupos de trabajo de la parroquia son un puñado de cristianos que se han tomado en serio eso de fermentar la masa. Son vecinos nuestros que, desde su fe, han decidido que ya está bien de reflexionar sobre el mundo, y que lo que hay que hacer es transformarlo, y se han puesto a la acción. No los vemos, pero están colaborando y aportando lo que tienen... No es una parroquia



clericalizada, ni tampoco laicalizada. Es un rostro de la Iglesia-sacramento que nos muestra lo divino a través de lo humano, en la que cada uno ejerce su carisma y sirve con su ministerio, como en un banquete, como en la Eucaristía, a la que se nos cita para orar juntos, escuchar la voz de Dios y rendir cuentas de nuestro amor»

¡Ojalá cunda este ejemplo!

[Tomado de «Sal Terrae», VALLADOLID, 1017(Noviembre 1998), pp. 823-830]